





# EL VIAJE



Alicia Paredes

# EL VIAJE



Primera edición: diciembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Paredes

ISBN: 978-84-18097-16-4

ISBN digital: 978-84-18097-17-1

Depósito legal: M-38047-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres Damián y Maruja*





## PREFACIO

Irina se marcha de su planeta, la Tierra, en busca de cumplir un sueño. Se instalará en un recóndito y árido planeta, despoblado de vida propia, donde irá a trabajar en un lugar peligroso, la Mina.

En aquel lugar conocerá a un grupo de personas que se convertirán en sus mejores amigos; amigos que lo serán para siempre aunque no vuelvan a verse cuando regresen a sus respectivos mundos o busquen un nuevo hogar, casi todos han ido allí con la idea de poder materializar un sueño.

Es un viaje en el espacio físico, de un extremo a otro del universo, y un viaje interior, un viaje donde hay que dejar atrás lo viejo para enfrentarse a un espacio vital lleno de sorpresas y dificultades donde las capacidades de cada una de ellas se pondrán a prueba, se harán visibles y mejores, un viaje que las hará crecer interiormente.

Debajo de una vida aparentemente vacía suceden cosas; cosas que ocurren todos los días en la vida real, en la vía cotidiana.



## LA PARTIDA

Entre la multitud de personas que esperaban un transporte aquella mañana ella era una viajera más, vestida con pantalones vaqueros, camiseta azul marino, cazadora de cuero azul grisáceo, botas de montaña y una fina bufanda de seda plateada. Irina esperaba de pie en el andén de acceso a la plataforma de amarre del transporte que la llevaría lejos de su casa. El frío de la mañana aún se hacía notar y una ráfaga de viento la obligó a acomodarse mejor la cazadora y a ajustarse la bufanda con que abrigaba su garganta, en el suelo junto a ella y como único equipaje, una bolsa de viaje.

Miró el reloj, era un recuerdo de su padre, y comprobó que ya era la hora. Al levantar la mirada la luz de aviso para subir al transporte parpadeaba en naranja, tardó solo unos instantes en quedar fija en verde, fue entonces cuando recogió su bolsa y se encaminó al mostrador de embarque donde un hombre de aspecto desagradable esperaba para recoger los billetes.

Al acercarse Irina al mostrador el hombre le gritó: «Billetes»: ella le entregó el suyo sin decir nada, él lo pasó por el escáner y ella se identificó colocando el dedo índice de su mano derecha sobre la huella digital.

Tras la identificación el escáner devolvió el billete sellado que el hombre entregó a la joven abriéndose la barrera que impedía el paso, ella sin volver la vista atrás se dirigió a la empinada rampa de acceso a la plataforma donde ya esperaba el transporte, en aquel hangar era la única pasajera.

La nave que la llevaría lejos de su casa era un transporte de mercancías con una cabina habilitada para pasajeros. Al entrar en ella el cambio de luz la cegó unos instantes pero sus ojos se adaptaron rápidamente a la penumbra, ya estaban ocupados dos asientos, este tipo de transporte hacia escalas por lo que debieron haber subido en algún otro punto de embarque.

—Hola —dijo en tono bajo a los otros pasajeros que le correspondieron con una leve inclinación de cabeza.

La cabina estaba preparada para seis viajeros, su asiento era el número cinco, avanzó por el estrecho pasillo entre los asientos y al llegar al suyo colocó su bolsa en el espacio habilitado para equipajes junto al mismo, después se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad. Ya acomodada se dedicó a observar mejor a los otros viajeros, uno era joven como ella, el otro un mercader, comerciantes de telas de altísima calidad muy respetados en todos los mundos por la seriedad en su trabajo y un trato exquisito con sus clientes, ellos utilizaban habitualmente este tipo de transportes por su rapidez y economía.

La luz sobre la puerta parpadeó y se puso roja cerrándose con un suave pitido, en seguida fue perceptible que el transporte se elevaba de la plataforma donde había permanecido anclado. La ya escasa luz interior se redujo aún más y la atmósfera de cabina se enfrió rápidamente sumiendo a los viajeros en un profundo sueño, esta era una de las condiciones que había que aceptar para viajar en este tipo de transportes. Utilizaban agujeros de gusano, lo que les permitía ganar mucho tiempo cuando había que recorrer grandes distancias en la vía láctea o cuando viajaban entre galaxias, pero esta forma de viajar no estaba exenta de riesgos.

## UN NUEVO HOGAR Y UNAS NUEVAS AMIGAS

Tras un lapso de tiempo imposible de determinar, temperatura y luz se normalizaron, el sueño desapareció con la misma rapidez que sobrevino, los cristales de la cabina se aclararon dejando ver el exterior. Irina miró y vio un cielo limpio, de un intenso color azul y en seguida las plataformas de anclaje de las naves, la nave se posó suavemente sobre la plataforma preparada a tal efecto, habían llegado a su destino.

La luz de la puerta que había permanecido roja pasó a verde y la puerta se abrió. Irina se desabrochó el cinturón, se levantó, recogió su bolsa y caminó hacia la salida, sus compañeros de viaje, más rápidos, ya habían abandonado la cabina cuando ella llegó a la puerta de salida. Ya en el exterior se dirigió al edificio de la aduana, allí estaba el control de pasajeros y equipajes.

Eran muy estrictos en el control de personas y cosas, la lista de objetos prohibidos era muy larga, ella llegaba advertida de ello por lo que no estaba especialmente preocupada por su equipaje, y en el bolsillo de su bolsa de viaje llevaba firmado el contrato de trabajo, uno de los dos únicos motivos por los que podías viajar a aquel recóndito lugar, el otro era una visita comercial ya programada.

Antes de entrar en la aduana se pasaba por un escáner en forma de arco, desde el control podían ver si el viajero llevaba algún objeto prohibido, ella lo pasó sin problemas adentrándose en una sala enorme, profusamente iluminada aunque no llegaba a ser ce-

gadora, se podía decir que era más aséptica que agradable, cubierta con una enorme cúpula transparente que permitía ver el cielo que seguía siendo de un intenso color azul. En el mostrador la esperaba una joven sonriente.

—Buenos días, ¿ha tenido un buen viaje? —dijo con voz acariciadora y sin perder la sonrisa.

—Sí, ha sido bueno. Su documentación, por favor —Irina le tendió unos documentos que la joven revisó con atención comprobando los datos en una pantalla incrustada en el mostrador.

—Todo correcto, le deseo una buena estancia entre nosotros —la joven devolvió a Irina la documentación a la que había puesto un sello de entrada.

Con la documentación guardada en su bolsa se alejó del mostrador camino de la puerta de salida, en la aduana no había más viajeros, el joven compañero de viaje ya había salido y al vendedor de telas no lo había vuelto a ver después de abandonar la cabina del transporte, posiblemente había utilizado otro escáner. Conforme se iba acercando a la puerta de salida un sudor frío recorrió su espalda, la boca se le secó y un intenso temor la agarró, por un instante Irina se preguntó qué hacía allí. Estaba asustada pero no podía retroceder, no podía pararse, solo podía hacer una cosa, continuar andando. La puerta de salida era de cristal como todo el edificio y se abría automáticamente cuando alguien se acercaba, por lo menos eso había ocurrido unos instantes antes al salir su compañero de viaje. Su corazón palpitaba aceleradamente, llegó a la puerta y esta se abrió, en ese momento aguantó la respiración y salió al exterior.

Ya en la calle se paró y respiró profundamente, se estaba ahogando, entonces se dio cuenta de que todo estaba bien.

Delante de ella se extendía una enorme explanada y al fondo la ciudad cubierta de un velo gris. A pesar de la claridad que había el sol todavía no había sobrepasado las altas cumbres que protegían el valle donde se asentaba la ciudad. Miró el reloj que se había parado y pensó que tendría que ponerlo en marcha cuando llegase a su nueva casa.

Antes de echar a andar Irina levantó la cabeza y miró al cielo, el color estaba cambiando, el azul intenso se aclaraba y se transformaba en un azul blanquecino mientras las altas cumbres se ribeteaban de filos dorados y brillantes que indicaban que el sol pronto saldría de detrás de ellas, la estrella que alumbraba aquel planeta era similar al sol de la Tierra.

Le habían contado que era posible tener una visión espectacular de la ciudad bajo la luz del amanecer, aquel que la veía tenía suerte en aquel recóndito lugar y nada malo le sucedería durante su estancia allí, se detuvo unos instantes por si la suerte le sonreía. Los primeros rayos del sol traspasaron las montañas y transformaron el valle y la ciudad que acoge, hasta ese momento grisácea y fea, en una ciudad majestuosa bajo una luz dorada. Parada en mitad de la calle vacía observó asombrada el portentoso cambio sucedido ante sus ojos, todo lo que le habían contado se quedaba corto, la visión era magnífica, realmente espectacular y bellísima, verla era una suerte y ella la había tenido. Los instantes bellos siempre son fugaces y este no iba a ser diferente, el efecto desapareció dejando de nuevo la visión real de una ciudad gris. El sol lucía pleno en el cielo, Irina apresuró el paso, en unos minutos la temperatura ambiente subiría unos cuantos grados por lo que estar en la calle no era aconsejable.

La ciudad fue construida en forma semicircular acoplándose al valle, al llegar a la entrada a la ciudad se paró buscando el símbolo que aparecía en la documentación sellada en la aduana, el suyo parecían una lilas, cada calle tenía un símbolo diferente. Solo había cuatro calles de izquierda a derecha su dibujo estaba pintado en la segunda calle por lo que se adentró por ella en busca del número siete, los impares quedaban a mano izquierda y estaban trazados en lo alto de las puertas, muy visibles, pronto vio el siete. Se paró frente a una puerta grande de madera maciza donde resaltaba un círculo metálico brillante, era el llamador, lo presionó y la puerta se abrió, una señora entraba en años le sonrió.

—Adelante, ¡llegas tarde! Entra ya, hace mucho calor.

Irina se sorprendió de la familiaridad con que aquella mujer que no conocía le habló, pero se dio prisa en entrar porque como había dicho la señora hacía mucho calor. Entró a un hall espacioso poco amueblado, las paredes eran de un color verde agua muy claro dando sensación de claridad aunque no había ninguna ventana, era acogedor, tranquilizante.

La señora cerró la puerta tras de ella sin dilación, indicándole con la mano que la siguiese. Llegaron a una pequeña mesa situada en la esquina del hall en el mismo lado que la puerta de entrada. Se sentó en un taburete alto frente a una pantalla perteneciente a un terminal y fue entonces cuando la saludó formalmente.

—Bienvenida a mi casa, tú debes ser Irina, eres la única que quedaba por llegar. ¿Has tenido un buen viaje desde la Tierra?

Irina le contesta con voz algo ronca.

—Sí, soy Irina. ¿Y usted?

—¡Discúlpame! Con las prisas no me he presentado, soy Miss Flowers, esta es mi casa y en ella alojo a trabajadoras de la mina. Por favor permíteme ver tu documentación, debo confirmar que has llegado bien a tu alojamiento.

Irina sacó la documentación sellada en la aduana que había guardado en el bolsillo de su bolsa, tendiéndosela a la señora que con tanta naturalidad le hablaba. Miss Flowers escaneó el código de barras de los documentos en el escáner del terminal en cuya pantalla apareció su foto y sus datos, pulsó entonces el botón de aceptar y confirmó la información.

—Hemos terminado con el papeleo, una vez que dejas la aduana hay que confirmar la llegada de la trabajadora al domicilio asignado, de no ser así salen a buscarla. Acompáñame, te enseñaré tu habitación, está en el piso inferior.

Miss Flowers se levantó dirigiéndose a unas escaleras visibles desde donde estaba la mesita del terminal. Irina caminó hacia las escaleras tras Miss Flowers y aprovechó ese corto espacio de tiempo para echar una ojeada al hall. A él daban dos puertas y un pasillo, en el techo varias hileras de luces alumbraban la sala, ambas



mujeres bajaron las escaleras que terminaban en un pasillo ancho, iluminado como el hall, al que daban varias puertas, la casera se paró en la primera puerta a la izquierda, la abrió y entró sujetando la puerta para que pasase la joven.

—¡Adelante! Esta es tu habitación, recién pintada y arreglada. Los muebles no son nuevos pero están muy cuidados —Irina se quedó en medio de la habitación sin saber muy bien qué hacer con la bolsa de viaje aún en la mano.

—Todo esto es nuevo para ti pero pareces una chica espabilada e independiente, te adaptarás con facilidad.

Miss Flowers entornó la puerta sin llegar a cerrarla.

—Irina ¿por qué no dejas la bolsa sobre la cama? Debe pesarte.

Irina se acercó a la cama situada en el centro de la habitación y dejó la bolsa sobre ella, a su espalda junto a la puerta entornada estaba Miss Flowers que no le quitaba los ojos de encima.

A pesar de la intensa mirada de la mujer estaba más tranquila que cuando entró en la casa, se sentía arropada por la familiaridad con que la trataba aquella señora a quien no conocía.

Aprovechó un pequeño silencio para echar una rápida ojeada a la habitación. Era espaciosa, pintada de un tenue color vainilla, con muebles de un color azul intenso muy relucientes como de haberles dado brillo, en la pared frente a la puerta había una mesa con su silla y en el rincón, junto a la cama, un sillón y una lámpara de pie y cerca del techo, como un tragaluz, un enorme cristal translucido que dejaba pasar luz exterior. En el techo varias hileras de luces parecidas a la del recibidor aunque solo dos estaban encendidas, a la derecha de la puerta un mueble con cajones y sobre él una pequeño búcaro con flores. Frente a la cama un armario grande ocupaba casi toda la pared.

La cama era grande cubierta con una colcha en tonos muy alegres que combinaban con los muebles azules, junto a la cabecera había un mueble pequeño con cajones y encima una lámpara y un reloj, al lado una puerta cerrada, a los pies de la cama un arca sencilla que servía de asiento. El cabecero de la cama era de un azul

algo más oscuro que el resto de los muebles. Todo en la habitación estaba muy cuidado.

Irina se volvió a Miss Flowers a la que hasta ese momento le había estado dando la espalda.

—Muy bonita y muy amplia.

—Me alegra que te guste, aquí vas a vivir un tiempo. Esa es la puerta del cuarto de baño —dijo señalando la puerta cerrada— hay de todo para tu aseo personal. Aquí te dejo la llave de la habitación —llave que colocó sobre el mueble junto a la puerta—. Me voy, tengo cosas que hacer en la cocina. Quitate esas botas, tumbate y duerme un rato, pareces cansada. Te llamo para comer, entonces conocerás a las otras chicas que forman contigo el grupo de trabajo.

—Sí que estoy cansada, me echaré un rato.

Miss Flowers le sonrió cálidamente cerrando la puerta al salir. Irina se sentó en la cama, se desató las cordonerías de las botas y se las quitó, sentía que los pies le ardían pensó que eran demasiado pesadas para aquel lugar. Se quitó la cazadora y la bufanda y sin quitar la colcha se tumbó en la cama, ya acostada se desabrochó los pantalones que le apretaban demasiado y se quedó profundamente dormida.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron, se incorporó con rapidez poniendo los pies desnudos en el suelo que notó templado.

—Soy Miss Flowers ¿Puedo pasar?

—Adelante.

La puerta se abrió con un leve crujido y Miss Flowers apareció sonriente, llevaba un delantal de color azul pálido con bolsillos y en las manos un paño de cocina.

—¿Has dormido bien?

—Supongo que sí, me tumbé y no recuerdo más.

—Has dormido un buen rato, te hacía falta. Ahora date una buena ducha que te sentará de maravilla y ese cansancio que todavía tienes desaparecerá. En media hora sirvo la comida, date un poquito de prisa. Veo que no has deshecho el equipaje, déjalo para más tarde. ¿De acuerdo?

—Sí, lo dejaré para luego, una ducha me vendrá bien y tengo un poco de hambre —dijo Irina con una sonrisa en su cara.

—Soy buena cocinera, al menos eso dicen y hoy es un día importante, tengo preparada una comida para chuparse los dedos. No te retrases, ya te esperan arriba. Sube las escaleras, a mano izquierda está el comedor —dijo Miss Flowers antes de darse la vuelta para salir del dormitorio.

—¿Puedo preguntarle algo?

—¿Qué deseas saber?

—¿De dónde es usted?

—Del mismo lugar que tú, de la Tierra. Vine hace tiempo, encontré la forma de ganarme la vida y me quedé. Te dejo para que te duches y subas.

—De acuerdo, me ducho y subo.

Miss Flowers observó a Irina cuando la joven se dirigía al cuarto de baño. Mientras la miraba pensó que no se había equivocado, se adaptaría bien, cerró la puerta con cuidado y se marchó escaleras arriba.

El cuarto de baño era de color rosa muy pálido, espacioso y limpio. Frente a la puerta, el lavabo con un espejo grande en el que te podías mirar todo lo que quisieras, al lado un pie de ducha con una mampara traslúcida hacía esquina, detrás de la puerta estaba el inodoro, cerca de la ducha había un banquete de plástico blanco con una toalla blanca grande para secarse al salir de la ducha. Volvió a la habitación para desvestirse, se quitó los pantalones y la camiseta dejándolos sobre el arca, regresó al cuarto de baño donde se terminó de desnudar. Entró en la ducha y abrió el grifo, el agua templada le golpeó en el rostro y resbaló por su cuerpo que limpió también el cansancio.

Una vez se hubo secado volvió al dormitorio, abrió su bolsa de viaje y sacó parte del contenido, buscaba ropa interior limpia, unos pantalones vaqueros y una camiseta azul marengo. Después sacó unas bailarinas de color gris y se las calzó. Era tarde para ponerse a deshacer el equipaje así que volvió a meter la ropa que había

sacado en la bolsa y abriendo el armario la guardó, allí colgada estaba la ropa de trabajo. También colgó la cazadora y la bufanda en el armario y las botas las colocó en un rincón junto al armario. Recogió la ropa que había llevado en el viaje y la colocó en un cesto que había en el cuarto de baño que sin duda era para dejar la ropa sucia. Antes de salir echó un vistazo rápido a la habitación comprobando que todo estuviese en orden. Giró sobre sí misma, cogió la llave de encima del aparador abrió la puerta, salió y cerró con la llave que guardó en su bolsillo. Caminó por el pasillo hasta las escaleras subiéndolas a paso ligero, se sentía intrigada por quién encontraría en el comedor.

Llegó al hall donde Miss Flowers la había recibido, la puerta que antes estaba cerrada ahora estaba abierta y por ella salían voces, en el pasillo vio la figura de su casera que le indicaba con la mano que pasase al comedor. Se había parado delante de la puerta, le temblaban las piernas y el corazón le latía con fuerza, entonces se acercó Miss Flowers y cogiéndola del brazo la acompañó al interior del comedor, allí sentadas a la mesa estaban las otras cinco chicas esperando la comida. Habían entrado en una sala amplia utilizada de comedor. Al oír pasos las chicas volvieron su mirada hacia la puerta y vieron entrar a Miss Flowers con la última integrante del grupo.

—Os presento a Irina. Como vosotras está alojada en esta casa y va a trabajar en la mina, es la sexta y última componente de vuestro equipo de trabajo.

Irina se quedó un paso atrás, Miss Flowers la empujó suavemente. Su corazón latía apresuradamente, golpeando su pecho sin piedad con tanta fuerza que pensó que las otras chicas podían oírlo. Era el segundo momento del día donde el miedo la agarrotaba.

—Aún me quedan algunas cosas que traer a la mesa, presentaros vosotras mismas. Irina siéntate aquí, al lado de Thalia —Miss Flowers indicó la única silla vacía que quedaba.

Irina se sentó en la silla que le había indicado Miss Flowers ante la atenta mirada de cinco pares de ojos. Las cabeceras de la mesa estaban ocupadas por dos chicas, una de ellas parecía algo más

mayor y de piel blanca, la otra más morena tenía un rostro serio y algo triste. El lado largo de la mesa frente a ella estaba ocupado por dos chicas, muy jóvenes las dos. La silla vacía estaba en el otro lado largo de la mesa. Separó la silla para sentarse, a su lado estaba sentada una joven cuya belleza impresionaba. Una voz cálida y suave le saludó.

—Bienvenida, yo me llamo Thalia, en frente tuya están Aruma y Oshin, son hermanas. A tu derecha está Carol y en frente Kasumi

Todas las chicas respondieron a la presentación con una sonrisa, ellas ya se conocían pues habían llegado el día anterior.

—Hola, soy Irina —la voz le tembló al decir estas palabras tras las que se produjo un silencio que rompió Kasumi.

—¿De dónde vienes? Yo vengo de la Tierra.

—No la agobies, acaba de llegar. Soy Carolina pero para acortar me dicen Carol y estoy aquí por el dinero.

Todas se rieron y sus risas resultaron alegres, la tensión inicial parecía aflojar y con ella los latidos del corazón de Irina.

—Yo vengo del Cinturón de Orión —dijo Thalia con una enorme sonrisa— está aquí al lado a la vuelta de la esquina.

De nuevo se oyeron risas. Irina se sintió cómoda ante la franqueza de las jóvenes.

—Yo vengo de la Tierra, me he ido de mi casa porque mi madre se ha vuelto a casar con un hombre muy desagradable. Necesito dinero para empezar una vida nueva en algún otro lugar, no podía seguir allí, así que me largué.

Irina se sorprendió con la facilidad con que había expresado algunos de los motivos que la habían llevado allí pero eso no impidió que se sonrojase y brillasen en sus ojos unas lágrimas que limpió con un rápido manotazo.

Thalia atenta a todo lo que pasaba le sonrió de nuevo con dulzura. El bello rostro de Thalia sonriente actuó de nuevo como un bálsamo sobre Irina que la ayudó a recuperar la compostura. Todas fueron conscientes del momento de tensión que estaba viviendo la joven, ellas ya lo habían vivido.

—Todas nos hemos ido de nuestras casas por diferentes motivos buscando algo mejor, ahora estamos aquí y no va a ser un camino fácil pero no hay vuelta atrás —las palabras de Kasumi fueron corroboradas por todas las chicas con ligeros movimientos de cabeza.

Justo en ese momento entró Miss Flowers con una sopera en las manos que dejó sobre la mesa. Tomó el cucharón y comenzó a servir los platos, nada le pasaba desapercibido, llevaba años haciendo ese trabajo y sabía que compartir una buena comida era de las cosas más relajantes que se podían hacer.

—Esta sopa es una receta de mi abuela y está riquísima. Ayer conseguí todos los ingredientes necesarios y aquí está, ya podéis empezar a comer antes de que se enfríe, en cuanto terminéis os traigo el segundo plato.

Miss Flowers salió de la habitación en busca del segundo plato, ninguna había comido esa sopa antes pero solo el olor que desprendía y su aspecto invitaba a comerla. Las chicas tomaron la cuchara y comenzaron a comer sin ningún reparo, al buen aspecto de la comida había que unir que todas tenían hambre.

—Irina, ¿cómo has venido? —preguntó Carol mientras se tomaban la sopa que había traído su casera.

—He venido en un transporte de mercancías. Esos transportes son rápidos y baratos.

—Son peligrosos, utilizan agujeros de gusano para acortar, algunos se pierden —dijo Carol mientras miraba a la cara a Irina con una sonrisa socarrona.

—Sé perfectamente que viajar en ellos encierra ciertos peligros, mi padre conducía uno, se perdió en un viaje cuando yo era muy pequeña dijo Irina mirando a Carol muy seria —pero son rápidos y baratos y siempre hay alguno disponible en el que viajar.

—¿Eras la única pasajera? —preguntó Thalia.

—No, iban dos pasajeros más, un joven y un mercader, los dos se bajaron en esta parada —dijo Irina.

—¿Cómo habéis venido vosotras? —nadie contestó inmediatamente porque habían terminado la sopa y Miss Flowers entró con el segundo plato.

Colocada sobre una mesita auxiliar con ruedas llevaba una fuente. Retiró la sopera y los platos, con la mesa despejada colocó la fuente que llevaba en la mesita auxiliar, seis pares de ojos estaban pendientes de ella, cuando la destapó quedaron a la vista unos filetes de carne recubiertos de algo crujiente que desprendían un aroma increíble, las chicas no podían apartar la mirada de aquel delicioso manjar.

Estela entró para ayudar a Miss Flowers, retiró la mesita auxiliar con los platos de la sopa ante la atenta mirada de su jefa. Fue entonces cuando comenzó a servir la carne colocando en cada plato con sumo cuidado uno de aquellos filetes. De nuevo se escucharon risitas, los filetes tenían una pinta que decía cómeme. Miss Flowers también había colocado unos panecillos muy crujientes con semillas tostadas por encima y una salsera con una salsa de un intenso color rojizo que desprendía un intenso y agradable olor. Con mucho cuidado colocó un poquito de esa salsa en cada plato.

—Aquí os dejo la salsera, la salsa tiene un sabor fuerte por eso he puesto solamente una cucharada. Si os apetece os servís un poco más.

Las chicas comenzaron a cortar la carne y comer aquel exquisito plato, comieron despacio para poder saborearlo, mientras comían Thalia continuó con la conversación que Miss Flowers había cortado con su entrada.

—Yo he venido en un transporte que traía mercancía para la Mina y que ha hecho escala en mi planeta, había otras tres personas que también han bajado aquí. Es de esos transportes que hacen escalas. El viaje es pesado pero es barato, además desde mi ciudad no hay transportes directos aquí —dijo Thalia.

—La mina pone transportes para grupos de trabajadores, pero no cuando solo se trata de un trabajador —dijo Kasumi—, Carol y yo llegamos en uno de esos grupos, éramos diez viajeros ¿No entiendo como no viajaste con nosotras?

—Cuando recogí el contrato no me dijeron nada del transporte, yo busqué cómo llegar aquí, tomé el primero que encontré —dijo Irina.

—Debiste hacerlo todo muy rápido, se ve que tenías prisa —dijo Carol.

—Sí tenía algo de prisa —respondió Irina sin entrar en detalles, la conversación giraba en torno a un tema del que no le interesaba seguir hablando.

—La sopa estaba riquísima y la carne buenísima que bien cocina esta mujer —dijo Carol mientras pasaba una sopa al plato, las otras chicas asintieron con la cabeza a sus palabras, la comida estaba para chuparse los dedos.

Miss Flowers volvió a entrar en cuanto comprobó que habían acabado el segundo plato, ahora tocaba el postre, una tarta de cerezas. La casera sirvió a cada joven una porción de tarta y se retiró para que la comiesen con tranquilidad. Cuando volvió para retirar los platos del postre comprobó que el ambiente era relajado, una buena comida tiene ese efecto, y eso era justamente, lo que ella pretendía.

—Considero sinceramente que he preparado una comida rica, espero que la hayáis disfrutado —dijo Miss Flowers mientras miraba atentamente sus rostros.

—Espléndida, ha sido espléndida, yo no recuerdo haber comido cosas tan ricas ni en mi casa ni en ningún otro lugar en toda mi vida —dijo Carol mientras miraba a Miss Flowers con una gran sonrisa.

—Carol tiene razón todo estaba riquísimo —dijo Thalia— en mi casa mi madre cocina muy bien pero tengo que reconocer que usted cocina mejor —Miss Flowers sonrió a la joven.

—En casa no se come también —dijo Aruma con mirada seria. Eran las primeras palabras que Aruma pronunciaba en toda la comida.

—Me alegro muchísimo que os haya gustado, ahora pasad a la otra zona del comedor y poneos cómodas en aquellos sillones, yo



os serviré un té caliente para terminar la comida. ¡Venga! ¡Moveos! —dijo Miss Flowers. En cuanto las jóvenes se levantaron Estela comenzó a recoger la mesa.

Las chicas se levantaron y se dirigieron a los sillones de la otra zona de la habitación. Cuando Miss Flowers comprobó que se habían acomodado tocó un mando en la pared y los cristales de las ventanas se oscurecieron un poco.

—Esta noche es vuestra primera jornada de trabajo, vendrán a recogeros a la 21:40 y os llevarán a la mina. En la habitación, colgada en el armario, tenéis la ropa del trabajo. Ahora os traigo el té.

Después de tan espléndida comida y acomodadas en la zona de estar el ambiente era relajado, tranquilo y propicio para hablar.

—¿Alguna de vosotras sabe de qué va el trabajo? —dijo Thalia.

Las chicas se miraron unas a otras y se encogieron de hombros.

—Todas hemos oído hablar de la mina y normalmente nada bueno excepto el dinero que se gana. A mí lo que diga la gente me da igual, yo tengo claro a lo que he venido y no pienso arriesgar mi vida más allá de lo estrictamente necesario.

—Estoy de acuerdo contigo Carol, he visto un sitio estupendo para vivir, y para conseguirlo necesito dinero, el trabajo es peligroso y estás muy controlada pero no pagan mal.

—¿Dónde está ese sitio Kasumi? —preguntó Carol.

—¡Vaya pregunta Carol!, por supuesto en la Tierra. Yo no conozco otro lugar donde vivir —las palabras las dijo Kasumi en tono bajo y con cierta tristeza.

Carol se rio con carcajadas forzadas, el resto permaneció en silencio.

—A mí también me interesa el dinero, no pienso que hayamos venido por otra cosa. Mi pueblo teje las mejores telas de seda de nuestra galaxia, son tejidos de muchísima calidad. Mi padre quiere entablar relaciones comerciales con el pueblo mercader para que sus telas sean conocidas y se puedan vender. Él considera que soy muy joven y que no sé nada de negocios, así que no me ha dejado intervenir. Yo he venido a aprender y de paso conseguir algún di-

nero, quiero demostrar que aunque soy joven y mujer tengo ideas buenas y buen criterio para evaluar situaciones.

—Vaya, la niña quiere crecer —las palabras de Carol molestaron a Thalia por el tono desagradable con fueron dichas.

—Mi padre es el canciller y en cierto modo me considera todavía una niña, a él le parece una locura que esté aquí y sé que se ha enfadado mucho pero para mí era importante venir —la voz de Thalia sonó dura y desafiante, lo cual chocaba con su belleza y dulzura.

—No hace falta que te enfades, lo que tú quieras conseguir es solamente asunto tuyo.

—Exactamente, solo es asunto mío.

El ambiente se había enrarecido un poco, Miss Flowers atenta a todo entró en la habitación con una bandeja y seis tazas humeantes, lo que sorprendió a las chicas que no la esperaban. Dejó la bandeja sobre la mesa y acercó una taza a cada una de ellas.

—Beberos la tisana y luego id a descansar. A las siete y media os llamo, a las ocho sirvo la cena. Os recuerdo que a las 21:40 vendrán a recogeros para ir al trabajo.

Empleó un tono de voz que si bien era cortés no permitía desobedecer, así que bebieron la tisana que les había llevado absteniéndose de hacer comentarios. Si Miss Flowers se enfadaba con alguna de ellas podía perfectamente hablar con el encargado que gestiona la estancia en la mina para decirle que no la quiere en su casa y entonces ¿A dónde irían? Ellas llegaban allí con un contrato firmado que implicaba un alojamiento concreto, perderlo podía suponer un despido, eran muy conscientes de que dependían en todo momento de aquella mujer y que enfrentarse a ella era poco inteligente, además esa misma noche empezaban el trabajo y todas estaban algo intranquilas por lo que lo mejor era retirarse a descansar como les había aconsejado su casera.

Las seis chicas se bebieron la infusión casi de un trago, no quemaba y su sabor era agradable, dejaron las tazas sobre la bandeja y se retiraron a sus respectivos dormitorios. Thalia fue la última en

levantarse y con su eterna sonrisa dio las gracias a la mujer que las cuidaba. Irina esperó a Thalia antes de bajar la escalera que conducía a sus habitaciones.

Cuando Irina y Thalia bajaron ninguna de sus compañeras estaba en el pasillo. «¡Qué rápidas son!», pensó Irina, que se despidió de Thalia con un saludo de su mano haciendo adiós, sin mediar palabra.

Ya en su habitación cerró la puerta con llave, fue directamente al armario sacó su bolsa, la abrió y la vació sobre la cama, recogió la ropa interior y la guardó en uno de los cajones del armario, colocó las camisetas en otro cajón y los pantalones los colgó en las perchas, donde ya había guardado la cazadora y la bufanda de seda.

Miró en el bolsillo, allí estaba su documentación. Se preguntó dónde podía guardar algo tan importante. La sacó y la guardó debajo de las camisetas. Luego sentada en la cama abrió un fondo falso, en ese fondo escondido en una tela de algodón había un cuaderno bastante desgastado, al ojearlo con mucho cuidado sus ojos se llenaron de lágrimas, lo depositó sobre la cama y se secó las lágrimas, éstas no podían mojar las frágiles hojas del cuaderno. Algo más serena lo volvió a envolver en la tela y lo guardó junto a la documentación. No parecía un sitio muy seguro pero no tenía otro lugar, salvo la bolsa claro. Guardó la bolsa en el armario porque le había entrado mucho sueño, levantó la colcha y se echó en la cama. Ya casi dormida pensó: «¿De qué sería la tisana que habían bebido?». Unos golpes en la puerta la despertaron.

—Irina, es hora de levantarse.

Se sobresaltó al oír la voz de Miss Flowers, algo adormilada se puso en pie y se desperezó. Llevaba la ropa de la comida porque no se había desvestido así que salió de la habitación y subió al comedor. Carol y Kasumi ya estaban sentadas. Después llegó Thalia seguida de Aruma y Oshin.

Cuando las seis chicas estuvieron sentadas a la mesa Miss Flowers les sirvió la cena, igual de rica que la comida solo que

mucho más ligera. Comieron en silencio tenían pocas ganas de bromear.

En la pared, colgado, había un reloj de esos que dan las horas con música, una verdadera reliquia, objetos de coleccionista muy difíciles de conseguir, pero allí había uno. El reloj dio un cuarto, las chicas bebían despacio unas tazas humeantes con las que se daba por terminada la cena. Miss Flowers secándose las manos en un paño de cocina entró en el comedor.

—Creo que debéis ir a cambiaros de ropa para estar preparadas, tenéis el tiempo justo.

Las seis chicas se levantaron casi a la vez, Carol y Kasumi bajaron a sus habitaciones las primeras, le siguieron las hermanas y por último Thalia e Irina. Las parejas para trabajar estaban formadas.